

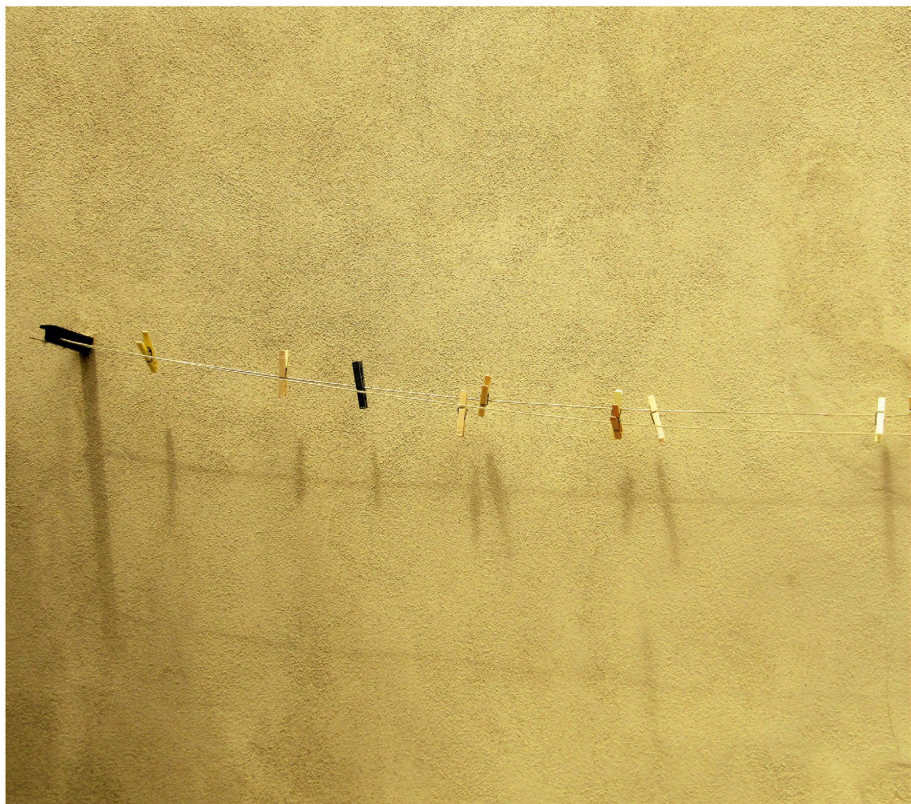


Seix Barral

Roberto Gargarella

Apuntes italianos

Y otras notas de un sociólogo en viaje





Seix Barral

Roberto Gargarella

Apuntes italianos

y otras notas de un sociólogo en viaje

ÍNDICE

- 9 Prólogo. Esperar nada
- 17 Apuntes italianos
- 37 Apuntes italianos 2
- 49 Misceláneas argentinas,
completamente arbitrarias
- 67 Sueño y pesadilla americana
- 83 *American trance*
- 101 En Boston: Árvar Escuare
- 109 Se me enoja un Presidente,
justo en Venezuela
- 113 Cuba: en los pliegues de la revolución
- 117 Montevideanas
- 127 Colombianas mínimas (o *Minima moralia*.
Reflexiones desde la vida dañada)
- 135 México, la bestia
- 145 Apostillas peruvianas
- 149 Perderse en la selva guatemalteca
- 155 Bachianas brasileiras: áulicos e iracundos

173	¡Viva Bolivia!
183	Pa' Chile (y me voy)
197	Brevísimas desde España
213	Flores del mal francesas
221	Hungría: tropezando con zapatos nuevos
223	Cariño y frío de Noruega
239	Excesos de Peloponeso
247	India: aterrizar llorando
255	Microcrónicas neozelandesas
259	Mi viaje hippie empieza en Barcelona
267	Oxford: revisando que todo siga en su lugar
271	Londres: <i>nostalgic</i> vs. <i>romantic</i>
277	Vuelvo a Italia como se vuelve siempre al amor
285	La reconciliación con Francia
299	Anotaciones sobre Israel: lo que veo
319	Mis días escoceses
335	Agradecimientos

APUNTES ITALIANOS

Italianos bendecidos por la suerte

Cuando ven el escarpado de la montaña, que sube y se aferra contra las paredes del cielo; cuando ven la roca así empinada, que no duerme nunca por miedo de caerse en el sueño; cuando ven el verde salvaje y virgen, cortando vertical el azul del Tirreno, dicen qué suerte los italianos, qué bendición que tuvieron. Es decir, la lotería de la naturaleza estuvo con ellos. Yo les digo sí, y ahora que me digan qué ángel construyó esa iglesia que cuelga del escarpado cielo. Y ahora que me digan qué dios erigió esa plaza, esas torres que se elevan hasta la roca del sueño. En ese plano inclinado hoy vive un pueblo, un pueblo lleno de magia, que no cierra los ojos nunca por no dejar de mirar el Tirreno.

Octubre 2011, Sorrento

* * *

Sirena en lila



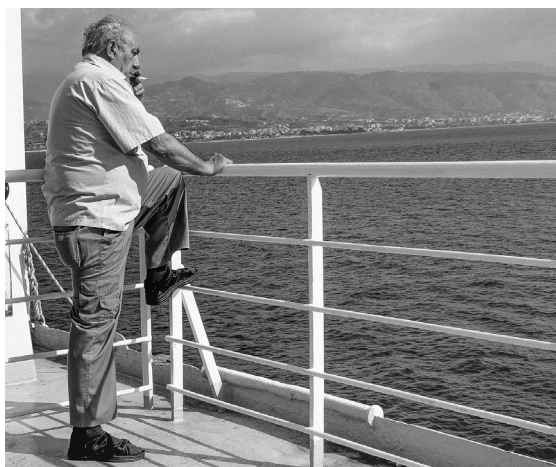
Sirena en lila.

Perdí el autobús hacia Nápoles, así que cuando supe de la posibilidad de hacer parte del trayecto en barco, no dudé. La embarcación que me tocó en suerte avanzaba lenta —internándose en un mar, cada vez más profundo, cada vez más distante— rodeada solo de piedra y de cielo. De repente, sin embargo, la veo, en estas aguas que, cabe recordarlo, fueron las aguas de Ulises. Una sirena, sola, en medio de la absoluta nada. Con un vestido lila, una barca lila, unos telares lila por allí colgados. Atiné a sacarle una foto, desde lejos. Ella me vio, yo la vi, nos miramos. Advertí que movía los labios (parecía que cantaba); y enseguida escuché una extrañísima música que, como en acto de magia, me atraía hacia ella. Impulsivamente, corrí a aferrarme al mástil de la nave. Sin embargo, nadie de la tripulación pa-

reció entender lo que pasaba: nadie la reconoció, nadie la vio moverse, nadie oyó nada (me pareció divisar, mientras nos alejábamos, el nombre de su barca: Parténope).

Octubre 2011, Sicilia

Inmigrantes, emigrantes



Inmigrantes, emigrantes.

A él le saqué dos fotos. Una en la estación de trenes, otra en el barco que unía Sicilia con Calabria. Las dos veces lo encontré fumando, imaginando o recordando algo, mirando hacia ningún lugar. Solo más tarde entendería que se trataba de la misma persona. En los dos casos, al verlo a él vi a toda mi familia, cruzando de un continente al otro, sin nadie en torno, con la incerteza de lo que llegaba, pensando en lo que dejaba atrás y que no recuperaría nunca, sin decir palabra.

Octubre 2011, Calabria

* * *

C'è una nave

¿Hay razón para contarlo todo —y digo todo— por teléfono? ¿Hace falta comunicarlo todo —y repito: todo— por teléfono? Pero esta historia. Por motivos del cambio de horario, que no me deja dormir bien, y por encontrarme con la mejor luz de la mañana (aunque uno de los motivos pesaba más que el otro), estos días acostumbré a salir de mi habitación muy temprano, en horarios de escándalo. Una de esas mañanas, tempranísimo, en la que todos los sicilianos debían estar durmiendo (demasiado tarde para estar despiertos todavía, demasiado temprano para estar ya despiertos) me acerco a un balcón frente al mar y veo, primero, una barca que llega a la costa, con una luz tan bonita; y enseguida, casi al instante, escucho a un joven que llama a su amigo. «¡Marco!» —exclama, buscando sa-

ber si Marco está ya despierto, a esa hora inverosímil. Viendo que apenas sí, agrega luego, con voz dulce: «C'è una nave». Y corta.

* * *

Fun

Una americana comentaba riendo, frente a los pescadores que sacaban los pescados de la barca, mientras cansados mascaban tabaco viejo: «They are having fun!». Fun, pienso, es lo que habrá tenido tu abuelo cuando vino al sur, amedrentando arma en mano a los antepasados de estos. Y me alegro, como otras veces, de que mis primeros pensamientos no se conviertan en políticas públicas, inmediatamente luego.

Regateo en Sicilia

Llego a una pequeña ciudad de Sicilia, en muy mala hora. Pregunto por algún albergue. Veo uno: 120 euros, me dicen. No, de ningún modo. Sigo caminando otras dos horas, con un gran bolso a cuestas (grave error, ya que nunca se debe buscar nada en condiciones de inferioridad). Me dicen: en el de la esquina hay habitaciones a 50 euros. Me acerco. Los dueños no están, pero está «el abuelo». El abuelo me dice que el precio es 30, pero como me ve melindroso agrega que puedo pedir un «scontino». Al rato largo llega la dueña. Me pregunta si ya me dijeron el precio. Dice que es 40. Me quejo. Me

aclara que en realidad el precio es 64. Negociamos. Pago finalmente 30, sin «scontino».

Octubre 2011, Sicilia

Italianos que gritan



Italianos que gritan.

Los italianos del sur se la pasan gritando, me dicen. *La vita è bella* para estos, es *la dolce vita*, me dicen. Yo no lo creo. Creo que primero se burlaron de sus rostros de oliva, cuando los vieron. Creo que luego les quitaron valor a sus palabras, cuando las escucharon. Creo que después los explotaron campesinos. Creo que más tarde los arrastraron a guerras que ellos no pidieron (primero una, después la otra). Así, y como no era bastante, les ra-

learon sus familias —como a la mía: mi tío muerto por la Segunda Guerra, su madre, mi abuela, muerta por el dolor al saberlo—. Los italianos del sur no gritan. Los italianos del sur tratan de ahogar los ecos de su memoria, que grita.

* * *

Delincuente bueno

Un jovencito de Catania, pinta de delincuente bueno, se pasa 6 horas del viaje en tren —y no miento— yendo y viniendo por el pasillo, con andar frenético. Cada tanto abre la puerta de la «carusa» en donde me siento, y se pone a hablar un italiano imposible, que apenas entiende el decano de mi vagón, un palermitano exiliado en Milán, que viaja acompañado de su familia (cruzaron Italia en tren, ida y vuelta en dos días, para ir a un velorio en el pueblo de los abuelos). El de Catania desequilibra por completo cuando el tren queda varado sin explicaciones, por un buen tiempo: él perdía la conexión que lo llevaba adonde ni él sabía. En su impenetrable italiano comenta algo, enojado y tierno, que ninguno de los miembros de la familia entiende, salvo en la traducción que nos hace el decano: «Ahora cuando me bajo voy a hacer un daño», nos confiesa el joven. El decano le responde: «Si incendiás el tren, por favor, primero por la otra punta».

Octubre 2011, Sicilia

* * *